

al final volvió a depender de la archidiócesis de Sevilla) consideraron que los cambios dentro del rotativo debían pasar, ineludiblemente, por el cese de José María Javierre como Director. Una decisión que produjo gran amargura en Javierre (como él mismo reconoce), pero que con el tiempo sería capaz de acabar aceptando sin rencor hacia quienes estuvieron implicados en aquella complejísima operación.

Lo cierto es que, ya antes de acabar el franquismo, José María Javierre tenía muy claro que España debía caminar hacia una nueva realidad política que estuviera en consonancia con los cambios económicos y sociales vividos en las décadas anteriores. En ese sentido, se muestra como un activo partidario de la transición de un régimen autoritario a otro plenamente democrático y, de hecho, fue precisamente durante los años de la Transición (más en concreto, de 1976 a 1983) cuando más actividad desarrolló. Años en los que volvería a demostrar su versatilidad, pues fue en ellos cuando se dedicó, entre otras cuestiones, a la dirección, primero, de la *Gran Enciclopedia de Andalucía* y, luego, a la *Gran Enciclopedia de España y América*. Echando la vista atrás, Javierre considera que España ha realizado un gran avance, pero también piensa que en la actualidad vuelve a ser necesario un nuevo impulso que permita a nuestro país consolidar todos esos avances.

Preguntado sobre los problemas de fe en el mundo actual, Javierre se muestra muy contundente en su respuesta: lo que se encuentra verdaderamente en crisis es la recepción del misterio que revela la fe cristiana por los sujetos del mundo moderno, ya que esa fe pone en tela de juicio el poder, el dinero o el placer y, por tanto, constituye lo que él llama un «aldabonazo crítico» al sistema de vida actual. En otras palabras, la Iglesia no predica a favor de los elementos que hoy se encuentran en alza, pero no por ello ha de renunciar a su mensaje evangélico que, para él, es siempre capaz de sobrevivir al paso del tiempo y a las diferentes circunstancias.

Como decimos, el libro concluye con una serie de testimonios tan variados como elogiosos de la persona de José María Javierre: Carlos Amigo Vallejo destaca su extraordinaria bondad; Aznar, su arrolladora personalidad; Santiago Grisolí, su profunda humildad; Guillermo Jiménez Sánchez, su compleja y rica manera de ser; Juan María Laboa, su forma de actuar «rompedora» y «libre»; y Lope Rubio, su papel de gran relevancia dentro de la Iglesia Católica española. Lo que, en definitiva, viene a justificar la existencia de esta biografía y a dar mayor sentido a la contribución del autor. Nos encontramos, en suma, ante una obra muy bien trabajada que, utilizando un estilo poco habitual (como es el del libro-entrevista), es capaz de indagar en la forma de pensar de un sacerdote de intensa vida cuyo periplo vital resulta de una extraordinaria riqueza e interés para los especialistas en el tema.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

LÓPEZ CALO, JOSÉ, *Nemesio Otaño, S. J. Medio siglo de música religiosa en España* (ICCMU. Colección Música Hispana. Textos. Biografías, Madrid 2010), 297p., ISBN 978-84-89457-44-7.

La biografía de un gran músico escrita por un gran musicólogo ha producido el buen libro que era de esperar. La vida y obra del P. Otaño se enmarca en el espacio

religioso y cultural que dio sentido a toda su existencia. Por eso la historia individual que aquí se cuenta es, además, una historia cultural de «medio siglo de música religiosa en España». El autor ha reconstruido la vida del músico jesuita sobre la documentación que se conserva en el fondo Otaño del Archivo Histórico de Loyola. El epistolario, los apuntes biográficos y las obras musicales son las piezas claves de esta riquísima documentación. El epistolario, abundante y jugoso, está dirigido a sus amigos y confidentes (Larrañaga, Bidagor, Artero, Gar-Mar) y a no pocos colegas españoles y extranjeros (Goicoechea, Pedrell, de Santi, Falla, Turina, entre otros). Los apuntes autobiográficos de Otaño recorren las principales etapas de su vida, con juicios ponderados y sinceros. Estas informaciones se completan con los testimonios orales de los contemporáneos, que el autor ha podido recoger. Sobre estas fuentes fundamentales se añaden las noticias tomadas de otras fuentes subsidiarias.

López Calo no se detiene mucho en reconstruir la historia ambiental en la que se ha desarrollado la vida de Otaño, como son los avatares de la política, los aspectos regionales y locales, o las etapas e instituciones de la vida jesuítica. Predomina lo vital sobre lo ambiental. No es el ambiente el que explica la personalidad del protagonista, sino la vida de éste la que ilumina el ambiente que le rodea. El carácter predominantemente autobiográfico de la documentación utilizada nos ayuda a comprender la problemática externa desde el desarrollo interior de una persona de gran categoría humana, desde sus triunfos y sus fracasos, sus luces y sus sombras, sus ilusiones y sus desencantos, su genialidad artística y su profunda fe cristiana.

La trama del libro se ajusta perfectamente a la cronología del biografado, en una secuencia que transcurre ordenadamente, año tras año, a veces mes tras mes. La continuidad biológica se distribuye, con mucho acierto, en ocho períodos a los que corresponden otros tantos capítulos, cada uno de ellos dividido en una serie de apartados temáticos. La distribución clara y natural de la materia ayuda a comprender los avatares de la vida del músico, que fue más complicada de lo que puede parecer. Las etapas y capítulos son los siguientes: Primeros años (1880-1903). Valladolid (1903-1907). Oña (1907-1910). Comillas (1910-1919). Años de pruebas (1919-1936). La guerra y la música militar y patriótica (1936-1939). El triunfo. Madrid (1939-1951). El final (1951-1956).

Cada período de la vida de Otaño tiene su impronta. Si hubiera que escoger una época dorada sería seguramente la de Comillas, donde un Otaño todavía joven, entre los 30 y los 40 años, alcanza la cumbre artística con sus mejores composiciones musicales y con el alarde pedagógico y artístico de la *Schola cantorum*. Pero Comillas no se entiende sin los años de niñez y juventud del joven Nemesio, de grandes aptitudes para la música a pesar de su mala salud («admitámosle para músico», dijeron en el noviciado). Decisivos fueron los cuatro años pasados en Valladolid, donde se entusiasma con la reforma musical y estrena sus dotes de animador en la primera revista y el primer congreso de música sacra. Oña fue un paréntesis obligado por los estudios teológicos, pero sin apagar la vena artística, pues fue allí donde Nemesio compuso para sus compañeros catequistas *Oh María Madre mía*, *Jesús amoroso*, *Tomad Virgen pura* y otras canciones popularísimas. La salida de Comillas en 1919 no fue un simple cambio de lugar. La continuidad de su tarea musical, que se preveía en Burgos y Madrid, quedó pronto truncada en 1922, cuando el P. General orientó la vida de Otaño por otros derroteros. Son los años de San Sebastián, en los que su ocupación priori-

taria fue la vida pastoral, la dirección de la Congregación de Caballeros y la fundación del Colegio San Ignacio. La disolución de la Compañía por la república en enero de 1932 ensombrece el tramo final de aquellos años de prueba, que el jesuita pasó en su pueblo, Azcoitia, en casa de su hermano, con problemas de salud y con peligro de ser fusilado por los rojos en los primeros meses de la guerra. Una guerra que le lleva a Salamanca y Burgos, donde su trabajo adquiere un carácter «oficial», en los servicios culturales del régimen de Franco; el momento bélico explica sus creaciones sobre la música popular y patriótica. Su personalidad y sus méritos justifican «el triunfo» de nuestro músico en el Madrid de la postguerra. Un triunfo que no consistió en la composición musical, sino en la dirección y organización del Conservatorio y el fomento de la música en toda España. El reconocimiento de sus méritos se expresó, entre otros honores, en su elección como académico de Bellas Artes y la publicación de sus obras completas. Los últimos cinco años, agobiado por la diabetes y la esclerosis, los pasó en San Sebastián, con la satisfacción de sentirse reconocido como el gran promotor de la música religiosa de España.

El libro nos descubre la gran personalidad humana y artística del P. Otaño. Ha sido un acierto publicar abundantes párrafos de sus cartas y apuntes. Sus cartas se leen con agrado por la tersura del lenguaje y el desparpajo de sus frases. Las cartas son el autorretrato de su carácter y espíritu. Era un hombre sincero, emotivo, incansable, con una asombrosa capacidad de trabajo. Era realista y utópico, soñador y pragmático al mismo tiempo. Su cabeza bullía con planes que muchas veces se quedaban en puros sueños. Tenía don de gentes y se ganaba amigos y admiradores en todas partes. Tenía alma de artista y dotes de empresario. Estas cualidades complementarias explican sus éxitos en actividades muy distintas.

A lo largo del libro López Calo deja claro la capacidad de Otaño en tres actividades: como músico, como animador pastoral y como organizador. Fue, ante todo, un gran músico. El autor, experto musicólogo, analiza de manera magistral la obra musical de Otaño, en sabrosos comentarios y análisis muy acertados bajo el punto de vista técnico. Incluso se permite hacer juicios comparativos, en los que la unción religiosa y la acogida popular de las canciones de nuestro músico contrastan con la vulgaridad de algunas producciones postconciliares de los años setenta en adelante (p.95, 102). Otaño fue un músico polifacético: compositor, director, escritor, conferenciante, profesor y organizador. En primer lugar se destaca su relevancia como compositor. Cada obra se sitúa en su momento, explicando la génesis de la misma, el juicio que recibió de su creador y de los expertos, los arreglos sucesivos, el momento del estreno, y su edición en papel o en discos. El recuento y comentario de todas las obras otañanas, analizadas con todas sus circunstancias, es la aportación principal de este libro, donde queda perfectamente demostrada la primacía de Otaño como restaurador y compositor de música sagrada en España, y como destacado creador en otros géneros como la música popular y militar. Otra faceta importante de nuestro músico es la incansable difusión, oral y escrita, que hizo de la cultura musical. Daba constantemente conferencias y cursillos que entusiasaban a los oyentes. Sus escritos de musicología alcanzan todos los niveles, desde la divulgación a la investigación. Una de sus principales empresas fue la revista *Música Hispano-Sacra*, la primera de España en su género (1909). Fue también director de *Orfeo*, *Ritmo* y colaborador asiduo de otras publicaciones.

El autor destaca también las cualidades pastorales de nuestro músico. Era buen predicador y dirigía con acierto tandas de Ejercicios. Su espíritu innovador se demostró en San Sebastián, en la dirección de la Congregación y fundación del colegio. Esta faceta de organizador aparece, sobre todo, en la segunda gran obra de su vida: la recreación del Conservatorio de Madrid, donde fue director y catedrático. Sus iniciativas de promoción musical por toda España desde los cargos oficiales, radio, revista, selección de profesores, etc. tuvieron gran importancia; aunque significaron un cambio de rumbo definitivo. Con las ocupaciones administrativas y burocráticas, desde 1939, «se concluye, casi definitivamente, la vida de compositor del padre Otaño» (p.217).

En el libro se analizan también los momentos difíciles y discutibles de la vida de Otaño. A parte de otras dificultades secundarias, hay dos momentos dolorosos, que de alguna manera frenaron la trayectoria del compositor: el cese, en 1919, de su estancia en Comillas, y el cambio, en 1922, de su primer destino en Madrid. Los superiores de la Compañía fueron los responsables de estos cambios de rumbo, que el músico aceptó con espíritu religioso, aunque no sin dolor. En Comillas no querían que el seminario se convirtiera en un conservatorio; y se pensó que el protagonismo de Otaño y la prevalencia de la *Schola* debían dejar más espacio a otras enseñanzas eclesiásticas. La orden de abandonar Madrid se debió, exclusivamente, al P. General Ledochowski, que, contrariando los deseos del Provincial Leza y de los padres Ayala, Torres y otros jesuitas de Madrid, juzgó que las actividades y éxitos del P. Otaño eran peligrosos para él y para la Compañía. El autor procura explicar esa medida desde los criterios de la época; sin embargo considera que la actitud del General fue incomprensible e injustificable (p.149). Una vez más Otaño demostró entonces la firmeza de su fe, aunque no disimulaba su dolor en una carta a Larrañaga: «Ni siquiera me ha perturbado el ver deshecha por decreto toda mi obra; deshechos, y por el suelo, revista, casa editorial y cuantos intereses creados hay en quince años» (p.153). Incluso se ofreció entonces para ir a misiones, pues por encima de todo se sentía identificado con la Iglesia, el sacerdocio y la Compañía.—M. REVUELTA GONZÁLEZ.

ADORNATO, GISELDA, *Pablo VI. El coraje de la modernidad* (Madrid, San Pablo, 2010), 438p., ISBN 978-84-285-3536-6.

No abundan en nuestro país los estudios biográficos sobre Pablo VI, cuando han transcurrido más de tres décadas desde su fallecimiento y casi cinco desde su elevación al solio pontificio. A pesar de encarnar toda una época de la Iglesia Católica (en particular el Posconcilio y todos los problemas que se derivaron de la puesta en marcha de éste), su figura sigue sin suscitar excesivo interés entre los especialistas en el tema. No ha sido este el caso de Giselda Adornato, a quien podemos considerar una de las grandes especialistas en el Papa Montini, como pone de manifiesto no sólo esta sucinta biografía, sino también la publicación, en 2002, de la monumental *Cronología dell'episcopato di Giovanni Battista Montini*, así como su participación en la publicación de los cuatro tomos donde se contienen los escritos y discursos varios de quien fuera conocido como Pablo VI.